

El Carnaval catalán

JULIA LUZAN

LAS fiestas populares o se recuperan o se inventan, y cuando un pueblo, como el catalán, tiene un rico muestrario de leyendas, costumbres y fiestas tradicionales, se da más lo primero que lo segundo; todo es contar con el beneplácito del poder constituido, que es quien ha suprimido o ha tolerado la pervivencia de tales acontecimientos.

Las asociaciones de vecinos dieron, tiempo atrás, un paso importante en esta normalización de la fiesta popular. Cualquiera acto, la más pequeña reivindicación ciudadana, daba pie para convertir el barrio en un "collage" de buen humor e intención satírica. Es posible que en este concepto de fiesta popular hubiera que incluir las "chocolatadas" para los niños, modalidad de esparcimiento que servía de pretexto para exigir una guardería, una escuela o espacios verdes para que los infantes pudieran jugar. Las verbenas de Sant Joan y Sant Pere, por poner otro ejemplo de diversión cívica, han desbordado en estos últimos años la mera juerga pachanguera para enmarcarse en las campañas en pro de la amnistía, la libertad y el estatuto de autonomía. El Congreso de Cultura Catalana tiene, en uno de sus ámbitos de actuación, el lema de "Preservar las fiestas tradicionales y populares", y está desarrollando una intensa labor en todos los pueblos y ciudades de Catalunya, a fin de lograr la plena normalización de algo que o bien había desaparecido, o bien es-

ta escondido bajo un ropaje que no era el suyo auténtico.

En esta línea de recuperación cabe situar la celebración, por vez primera después de "cuarenta años y un día", del "carnestoltes", el carnaval catalán. La Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona, con este título que huele a cuarentena, llamó a rebato para celebrarlo y convocó a todos los vecinos a personarse en el Pueblo Español, de Montjuich, el domingo anterior al Miércoles de Ceniza, cuando comienza la Cuaresma. El carnaval fue un éxito; los disfraces, no tanto, porque tantos lustros sin ejercitar la mascarada hacían prácticamente imposible colocarse un antifaz diferente al que todos hemos lucido a diario; pero como el ingenio se sobrepone a cualquier contratiempo de tal calibre, el personal se disfrazó de acontecer político, de Caperucita Roja, de fraile ermitaño de travesi. El "hombre de la gabardina" fue el disfraz más logrado, y su boine, el bastón y la mano metida en el bolsillo, simulando empuñar un arma, provocaron el susto de más de un carnavalesero.

Las senyeras, la bandera saharauí y la ikurriña hacían la competencia a la orquesta en su ondear. En la calle de Caballeros, dentro del recinto del Pueblo Español, los partidos políticos habían instalado sus tenderetes; fue el punto más concurrido, donde quién más quién menos se compraba un adhesivo

de "volem l'estatut", o ponían la mano para recibir la propaganda política de diversas tendencias. Las asociaciones de vecinos trabajaron al máximo, tanto en la organización de la fiesta como en las paradas de venta de bocadillos, bebidas o lo que fuese (casetas, maquillaje de carnaval, fotomatón...).

En la misma noche, Vilanova i Geltrú celebró también su carnaval. Un carnaval que ha sido el único que a nivel popular ha pervivido durante los años de prohibición sistemática y que ha tenido unas características peculiares y enmarcadas dentro del característico humor vilanovés. La rambla de Vilanova ha conocido el paso de forasteros, de gente del pueblo y de la oleada de travestís que en los últimos tiempos tomaron como cosa propia el carnaval. Vilanova era el único lugar donde, a pesar de las prohibiciones de la autoridad "competente", las máscaras andaban por la calle con antifaz y también el único recinto donde los hombres se disfrazaban de mujeres, y a la inversa. Se intentó todo para arramblar con esta fiesta de Vilanova, pero allí no se pudo; es una tradición demasado arraigada y quizá por ello se la intentó mixtificar declarando las Comparsas (especie de pasacalle que se celebra la mañana siguiente a la noche de carnaval), fiesta de "interés turístico" para dotarla de esta forma de un cariz oficialista y de orden, como Dios manda.

La celebración del carnaval en Barcelona no quitó paseantes a Vilanova. La rambla se llenó de máscaras alegóricas a los problemas del pueblo y del Estado. El inefable humor vilanovés (el cantante Pera Tapies lo representa a la perfección) se manifestaba en las sátiras a la contaminación de la riera de Vilafranca, o al enterramiento de Sitges, Vilanova, Cubelles, Cunit, Calafell y el Vendrell, víctimas de la central térmica que se levantará en Cubelles.

También al compás del resucitado carnaval, numerosas asociaciones de vecinos de Barcelona se lanzaron a una campaña reivindicativa en sus barrios organizando actos y pasacalles.

Otra fiesta recuperada, pero para su plena normalización es necesario que el "carnestoltes" se celebre como antes, en cada calle, en cada plaza, y que no quede reducido a un sitio acotado y gentilmente cedido por la tolerancia municipal en que hasta ahora vivimos. ■ Foto: PILAR AYMERICH.



El "carnestoltes" —carnaval catalán— en el recinto del Pueblo Español: el primero del posfranquismo.

es mucho más interesante este último, que supo superar los defectos del carnaval de León Carranza (en el que empezó muy joven con Los Maniseros Cubanos y La Banda del Tío Perete, precisamente el año del pase de febrero a mayo) y que ha sabido recoger en su comparsa Nuestra Andalucía todo un estado de conciencia del pueblo andaluz, como son las reivindicaciones regionalistas y autonomistas.

Las calles de Cádiz se han llenado otra vez de máscaras, de marinos borrachos, de papelillos, de carros con decenas de manos de coristas saliendo de encima de ellos en la belleza del tango comparsero. Las calles de Cádiz han sido recuperadas por su pueblo soberano, que inventó elementos tan fundamentales para la historia nacional como la libertad, la democracia, el coro, la chirigota, el bombo y el pito de caña. Lo de este año ha sido el carnaval de la predemocracia. Los comparsistas están recuperando la libertad como el país todo, contra el Ayuntamiento, contra los elitistas locales. El carnaval de Cádiz se abre al futuro con toda la esperanza de la normalización democrática. Que no por otra cosa Cádiz es cuna de la libertad, sino por este pueblo que sabe olvidar a unos concejales que querían que el carnaval fuera exactamente igual que el de Niza, sólo que por el tercio sindical. ■ A. B. Fotos: CARLOS ORTEGA.

Sobre este tema, ver en el número 559 de TRIUNFO: "Carnavales de Cádiz: la historia de un pueblo que perdió su fiesta", por José A. Gacía.